

MONIKA SZNAJDERMAN

LOS FALSIFICADORES
DE PIMIENTA
UNA HISTORIA FAMILIAR

TRADUCCIÓN DEL POLACO
DE ANNA RUBIÓ Y JERZY SŁAWOMIRSKI

BARCELONA 2021



A C A N T I L A D O

www.elboomeran.com

TÍTULO ORIGINAL *Falszerze pieprzu. Historia rodzinna*

Publicado por

A C A N T I L A D O

Quaderns Crema, S. A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona

Tel. 934 144 906 - Fax. 934 636 956

correo@acantilado.es

www.acantilado.es

© 2016 by Monika Sznajderman

© de la traducción, 2021 by Anna Rubió Rodón y Jerzy Sławomirski

© de esta edición, 2021 by Quaderns Crema, S. A.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:

Quaderns Crema, S. A.

Esta publicación ha recibido

la ayuda del ©POLAND Translation Program



En la cubierta, fotografía del archivo familiar de la autora

ISBN: 978-84-18370-30-4

DEPÓSITO LEGAL: B. 10219-2021

AIGUADEVIDRE *Gràfica*

QUADERNS CREMA *Composició*

ROMANYÀ-VALLS *Impressió y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *junio de 2021*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

CONTENIDO

«El recuerdo más antiguo de mi infancia...»	7
El refugio de la memoria	13
El libro de Radom	97
La frontera más remota	133
«Todos nosotros nos salvamos, ellos pericieron todos»	157
Cuando ya no quedaba nadie con vida	246
<i>Agradecimientos</i>	287
<i>Bibliografía</i>	289
<i>Procedencia de las ilustraciones</i>	299

A mi padre, en lugar de una conversación.

A mis hijos, aquí y ahora.

A mis nietos, para cuando hayan crecido.

Probablemente, el recuerdo más antiguo de mi infancia esté relacionado con la cocina, y más concretamente con la mesa de la cocina. La ventana daba al patio de luces—un verdadero pozo sin agua—de la finca situada en la céntrica calle Okólnik de Varsovia. La mesa estaba arrimada a la ventana y, hasta donde alcanza mi memoria, nos sentábamos a ella en un orden inalterable: a la izquierda, mi padre; a su vera, yo; en la cabecera, mi madre, y a la derecha, por el lado de la ventana, la madre de mi madre, es decir, la abuela Maria, y el abuelo, y, según el día, también alguna prima o alguna tía de mi numerosa familia polaca. La mesa estaba cubierta con un variopinto mantel de hule floreado. La cocina estaba siempre a oscuras y la luz permanecía encendida a todas horas, porque el sol no entraba en aquel patio-pozo. Además, sobre la mesa se cernía siempre una tensión inmóvil, palpable incluso para una niña. Mi padre era poco hablador, por regla general permanecía callado, y quien llevaba la voz cantante en las conversaciones era la abuela. En cuanto ella abría la boca, saltaban chispas y se producían pequeñas descargas eléctricas. Mamá se limitaba a apaciguar las disputas.

Las más acaloradas—y recurrentes—giraban alrededor de la comida. Gracias a los contactos privados que la abuela mantenía con el extranjero, recibíamos montones de paquetes de Francia e Inglaterra procedentes de sus innumerables amigas rusas de la emigración blanca. Yo era hija única, y en nuestra mesa a menudo aparecían manjares nunca

LOS FALSIFICADORES DE PIMIENTA

vistos en la Polonia de Gomulka.¹ Sólo se me han quedado grabados en la memoria los que más detestaba y cuya ingesta más horas de suplicio me costó: supremas de gallineta con alcaparras y bechamel, coquillas rellenas de sesos de ternera, plátanos fritos (cualquier niño que se preciara soñaba con plátanos frescos, que sólo se podían conseguir de puro milagro), sofisticadas tostadas con espárragos y achicoria (mi abuela las llamaba *gratin*), todo recubierto con la asquerosa bechamel y, por si fuera poco, acompañado de pringosas e insípidas aceitunas. Yo estaba segura de que esto ocurría en todas las casas, y por eso, cuando fui por primera vez de colonias a Świdry, dejé estupefacta a la monitora al suplicarle que por nada del mundo me obligara a comer alguno de aquellos platos.

Así pues, cuando, conteniendo las lágrimas y esperando el momento propicio para enterrar las arrebañaduras del plato en la maceta del limonero del balcón, remoloneaba delante de mi ración de gratinados—¡ay!, ¿por qué no podía alimentarme como todo el mundo a base de carne grasienta, zanahorias con guisantes y patatas hervidas en el comedor de la escuela que me tentaba con su característico olor a sucedáneo de café y bayeta mojada?—, intervenía mi padre con la única lección de buenos modales que solía darme. Recuerdo que me decía: «Cuando era niño y me negaba a desayunar algo, me lo servían otra vez en el almuerzo, y si volvía a dejármelo me lo ponían de nuevo para la cena». Acabado el sermón, invariablemente abandonaba la cocina. Estas palabras se me han grabado en la memoria, porque, a pesar de que todavía era una cría, ya era capaz de captar la enigmática disonancia entre su supuesta crude-

¹ Primer secretario del Partido Obrero Unificado Polaco entre 1956 y 1970. (*Todas las notas son de los traductores*).

«EL RECUERDO MÁS ANTIGUO DE MI INFANCIA...»

za y el talante extraordinariamente apacible de mi padre.

Tardé muchos años en descubrir la estrecha asociación que se había fraguado en su mente entre el recuerdo de aquella regla y la imagen de su casa natal presidida por la figura de la madre, y me costó comprender cuán firmemente creía que fueron precisamente las enseñanzas maternas lo que le había permitido soportar el hambre en los sucesivos campos de concentración. En las entrevistas que le hizo Barbara Engelking,¹ recordaba a su madre diciendo: «Era muy resuelta y consecuente. Insistía en que uno debía comerse todo lo que había en el plato. Cuando yo me emperraba en no comer algo, me lo volvía a servir una y otra vez. Aquello podía durar días enteros sin que ninguno de los dos cediera. Así aprendí a comer de todo, cosa que me vino de perlas más tarde, en los tiempos de hambruna».

Definitivamente, por aquel entonces yo no comprendía nada.

Había momentos en que mi padre se animaba. Esto ocurría cuando nuestra casa se llenaba de olores procedentes del extranjero—cigarrillos, detergente y perfumes—, cuando en el aire empezaban a revolotear unas palabras aparentemente polacas, aunque pronunciadas con un deje extraño y duro, cuando resonaba el vocablo *judíos* y se podían escuchar nombres irreconocibles como Fela, Frania, Stefa, Rózia, o Stach... A menudo aparecía también el apellido Korczak, pero no en el único contexto que me resultaba familiar, es decir, como autor de *El rey Matías I*, un libro que, por cierto, no me gustaba nada. Porque un primo de mi padre, Stanley Robe (en su vida anterior, antes de emigrar de Polonia, Stach Rozenberg), era presidente del comité Korczak australiano. Con ellos íbamos a cenar a los hoteles: a la

¹ Socióloga polaca especialista en estudios sobre el Holocausto.

LOS FALSIFICADORES DE PIMIENTA

Sala Púrpura del Grand o, más tarde, al Forum (cuya cocina no era tan buena como contaba la leyenda y cuyos camareros eran arrogantes), y cuando ya se habían marchado, yo tenía que luchar con mi impaciencia infantil, firmando un sinnúmero de tarjetas postales dirigidas a nuestra «querida Stefa», nuestra «querida Fela» o nuestro «querido Stach». A vuelta de correo, dentro de unos paquetes con sellos postales de colorines, llegaban a nuestra casa ositos koala y canguros en todas las formas imaginables: como muñecos de peluche, tarjetas tridimensionales, ceniceros, llaveros o posavasos. Diría que, de pequeña, yo creía que Australia, de donde venían nuestros parientes, era una parte de Polonia, alguna lejana colonia polaca de ultramar.

Por eso no me preguntaba cómo habían ido a parar allí, ni me devanaba los sesos pensando a qué se debía que, a comienzos de los años veinte, se hubieran subido todos a un transatlántico y se hubieran hecho a la mar rumbo a Australia. Y tardé mucho en asociar aquello con el hecho de que eran los únicos que habían sobrevivido a la guerra y, talmente como fantasmas provenientes de un mundo perdido, podían visitar nuestra cocina de la calle Okólnik haciendo gala de sus nombres, sus relatos y su extraño acento. De niña, aquello me parecía del todo natural. Yo sabía, papá, que tu abuelo Selim tenía un hermano, Józef, que en 1896 vivía en el número 30 de la calle Świątojerska de Varsovia y que, según el *Calendario ilustrado de Józef Unger para el año bisiesto 1896*, era auxiliar de un abogado de pleno derecho. Y sabía que Józef tuvo un hijo, Adolf, y dos nietos, Stach e Irena. Y que, a su vez, éstos también tuvieron varios hijos. Y que la hermana de tu abuelo, Salomea, se casó con Leon Czapnik y tuvo con él tres hijas y un hijo: Fela, Rózia, Stefa y Zygmunt. Y que estos hijos también se casaron y tuvieron muchos hijos. De modo que mi convicción

«EL RECUERDO MÁS ANTIGUO DE MI INFANCIA...»

de que Australia estaba habitada por polacos (aunque un tanto distintos de los de Polonia) tenía cierta justificación. Me imaginaba que aquellos peculiares polacos no polacos vivían en el *bush* australiano rodeados de canguros y koalas, y me constaba que se llamaban judíos. Esa amalgama de conceptos e imágenes—Australia, judíos, *bush*, canguros y koalas—iba a acompañarme durante toda mi infancia.

EL REFUGIO DE LA MEMORIA

De modo que así es como regresan los muertos.

W. G. SEBALD, *Los emigrados*

Cada vez hay menos de él. Le está devolviendo al mundo parte de lo que le ha arrebatado durante cerca de noventa años con su presencia material. Sus abrigos se vuelven demasiado holgados. En su habitación, parece haber más espacio. Sale poco y a regañadientes. Está desapareciendo. Como todos ellos.

Me gustaría agarrarlo de la manga y no permitir que se marchara nunca.

¿Qué son los lugares que la memoria ha perdido? ¿Qué son esos lugares que la memoria humana esquiva y evita rozar? ¿Y qué clase de memoria pródiga es la que anda con la cabeza entre las nubes en vez de narrar historias y evocarlas?

Los lugares que la memoria deja desatendidos mueren. Enterrados bajo la mala hierba del olvido, se asilvestran y se vuelven extravagantes, como aquel trozo de tierra abandonado y poblado de árboles entre las casas de Miedzeszyn, un pueblo de las afueras de Varsovia.

Cuando Barbara Engelking te entrevistó, papá, dijiste: «Para poder adaptarme a lo que sucedió después, sencillamente tuve que correr un tupido velo sobre lo que había ocurrido. Aquellos dos mundos eran totalmente incompa-

LOS FALSIFICADORES DE PIMIENTA

tibles. Y luego me faltó ánimo para volver a “lo de antes” [...] Probablemente cerré, tal vez de manera inconsciente, las puertas del pasado. Era una especie de mecanismo de defensa. Y ya no supe abrirlas nunca más».

¿Cómo te sientes ahora que vuelven los rostros, los acontecimientos y los lugares? ¿Ahora que, pasados más de setenta años, acuden por la noche a hurtadillas como ladrones para robarte la paz de espíritu y el sueño? Han estado aguardando pacientemente, arrinconados en la antecámara de la memoria, pero hoy campan por sus respetos sin tregua.

Todo empezó hace tres años con la notificación del juzgado: «El Juzgado del Distrito Varsovia-Praga Sur pone en conocimiento del señor Marek Sznajderman que se ha dado inicio al proceso judicial de usurpación referente el solar de 1,5 hectáreas, n.º catastral..., sito en Varsovia-Wawer». Y unas fotografías. En ellas, un bosque y un trozo de tierra entre dos villas típicas del extrarradio de Varsovia. Ramas quebradas y un pequeño claro en medio de pinos y abedules. Las únicas huellas de la actividad humana, un sendero hollado que ataja en dirección a la vía del tren, y leña hacinada en pequeños rimeros.

No sabías de qué se trataba. No, allí no tenías propiedad alguna. Después de la guerra, todo fue vendido, todo pasó a manos ajenas. De modo que ya no había nada. Y a ti te hubiese gustado poder decir que jamás hubo nada.

Sin embargo, en las fotografías de antes de la guerra aquel lugar vive. Allí se eleva una gran casa de madera de dos pisos: es la villa Zaciszewo [‘El remanso’], llamada también villa de Rozenberg. El 19 de abril de 1927, se publicó en *Nasz Przegląd* el siguiente anuncio: «En la pensión de la señora G. Rozenberg en Miedzeszyn (villa propia, electricidad), tratamientos curativos bajo la dirección del Dr. I. Sznajderman. Lámpara de cuarzo, Sollux, diatermia, electriza-

EL REFUGIO DE LA MEMORIA

ción, baños de luz. Teléfono: centralita, Radość 2». A partir de entonces fueron apareciendo con regularidad anuncios parecidos, hasta que tu madre Amelia se hizo cargo de la pensión y empezó a publicitarla como «pensión de la esposa del Dr. Sznajderman, antes G. Rosenberg, en Miedzyszyn, villa de Rosenberg. Razón en la finca o en el teléfono: centralita, Radość 2».

G. Rozenberg—el apellido aparece escrito ora con *s*, ora con *z*—es tu abuela y mi bisabuela Chana Gitla, de soltera Weissbaum, llamada Gucia en casa, o Gustawa a la manera polaca. El doctor I. Sznajderman es tu padre Ignacy, un médico neurólogo. Además de pagar el alquiler de la habitación que costaba entre cuatro y seis eslotis la noche, los veraneantes tenían que abonar el impuesto comarcal y hotelero: entre veinte y treinta céntimos por día y persona.

Así pues, la villa de Rozenberg es una casa cómoda con electricidad que ofrece servicios médicos modernos. Tiene una galería acristalada y una veranda destinada al reposo estival, el llamado «veraneo». La veranda es espaciosa y no puede faltar en ella una enorme maceta con una palmera. La terraza también es grande: en las fotografías, toda la numerosa familia cabe en ella. La casa es una construcción ligera y tiene balcones ricamente adornados con calados en madera del estilo Świdermajer, tan típico en las afueras de Varsovia. Al igual que la mayoría de los edificios de su clase, probablemente fue erigida con madera de pino sobre una construcción esquelética. Ocupa el centro de un claro rodeado de bosque, donde los rayos de sol se filtran entre los pinos. Las cosas seguirán así a perpetuidad y yo siempre tendré la misma sensación: sólo recordaré días soñados, aunque sé que esto es debido a que Henryk, tu tío y el fotógrafo de la familia, únicamente sacaba la cámara en tales días.



1 2 3 4 5 6 7 8 9 10

1. Amelka
2. Morris
3. Dorotka
4. Natek
5. Your father's brother?
5. Marek
6. Your Grandfather
7. Gutcha
8. Henio-Amushu
9. Your father
10. Ruszba

Muscies - 1930.

EL REFUGIO DE LA MEMORIA

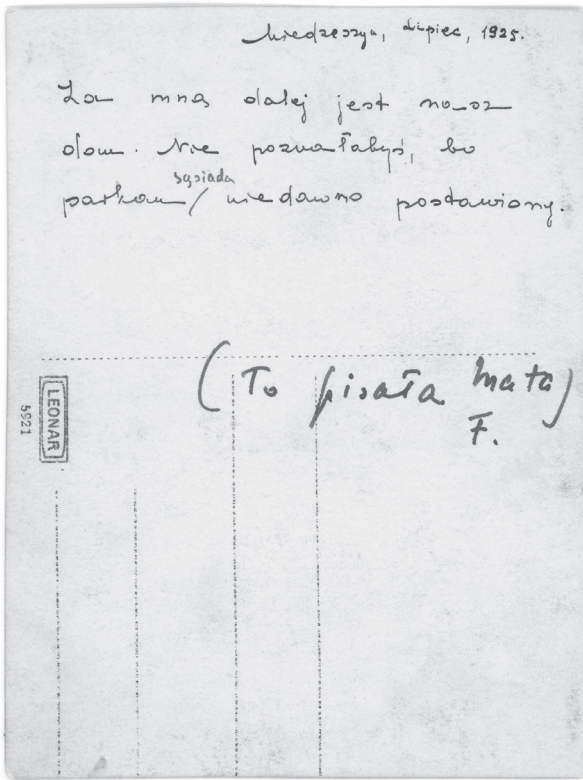
Ese mundo también lo recreó Piotr Paziński en *La casa de huéspedes*:

Logias esculpidas en madera ocultas entre jazmines, contraventanas con una estrella calada y recubiertas de parra virgen cortada a ras de las chambranas para permitir el paso de la luz. Galerías abalaustradas, torrecillas, agujas puntiagudas sobre un tejado escamoso con o sin veleta. A falta de veleta, un banderín de hojalata. Y verandas acristaladas llenas de tumbonas, el último grito en la moda de la época. Habitaciones secas, muy soleadas, con techos altos y grandes ventanales, para el disfrute de los cristianos y de los israelitas aquejados de tisis. Estancias de verano o de invierno en la planta baja o en el piso superior, precios módicos. Las habitaciones de arriba, más baratas, porque había que subir escaleras, pero a cambio, con más intimidad. Cualquier cosa que uno deseara, todas las comodidades imaginables, a disposición de los pacientes y veraneantes: electricidad, bañeras, duchas, agua fría y caliente.

No sé, ni tú tampoco, quién construyó la casa. Probablemente, fue erigida poco después de la guerra, tal vez a comienzos de los años veinte, por uno de los numerosos maestros carpinteros especializados en el estilo inventado por Michał Elwiro Andriolli. La familia Rozenberg, acomodada y en buena medida asimilada, era oriunda de Varsovia. No sé exactamente cuándo ni por qué Gustawa, nacida Weissbaum, y Selim Rozenberg decidieron establecerse en Miedzeszyn. Al igual que ignoro por qué su casa no figura en el prospecto del año 1938 *Los lugares de veraneo en Falenica*. Sin duda la casa aún existía entonces, igual que tus abuelos y tus numerosos parientes más lejanos (el abuelo Selim tenía un hermano mayor, Józef, y una hermana, Salomea, mientras que la abuela Gustawa tenía dos hermanos, Jerzy y Maurycy, y una hermana, Rózia). En cuanto a tu in-



trovertido y tímido padre, incluso era miembro de la Asociación de Amigos de Miedzeszyn, fundada en 1925, con sede en el número 5 de la calle 11 Listopada. La casa existía, y a tu madre Amelia le gustaba posar delante de ella. La fotografía del año 1925 lleva una anotación de su puño y letra: «Detrás de mí, algo más lejos, está nuestra casa. No la reconocerías, porque la valla del vecino es de fecha muy reciente. Miedzeszyn, julio de 1925». Esta fotografía y aquellos anuncios publicitarios son la única huella palpable. Sin ellos, todo podría parecer un cuento chino.



Porque hoy la valla no está, como tampoco Amelia, a quien en casa llamabais Mata, nacida en Varsovia el 15 de enero de 1904. Una Amelia tan llena de vida que invariablemente aparece en las fotografías en poses fantasiosas, ataviada con vestidos blancos o abigarrados que a ratos recuerdan disfraces, junto a ti y a tu hermano menor Albert, llamado Aluś. No están ni tu abuelo Selim Rozenberg, ni su mujer Chana Gitla, nacida Weissbaum (a veces escrito Wajsbaum), ni sus hijos, que eran tus tíos: Henryk, el fotógrafo, y Natan, llamado cariñosamente Natek.

LOS FALSIFICADORES DE PIMIENTA

Subsistieron solamente en aquellas fotografías rescatadas de milagro y que fueron guardadas como oro en paño, unas fotografías que recibiste de América hace apenas un par de años, junto con las cartas y la servilleta de lino gris que Amelia había bordado antes de la guerra para su prima predilecta. La historia de aquellas instantáneas que se salvaron del exterminio escondidas a la otra orilla del océano constituye un relato simbólico sobre la vida en el mundo anterior al Holocausto (a Amelia le gustaba escribir y le gustaba su prima, de modo que deseaba compartir con ella todos los momentos de su vida). Y las fotos se conservaron intactas, para emerger al cabo del tiempo y llegar a tus manos más de setenta años después, gracias a la sorprendente y portentosa eficacia de los servicios de correos estadounidense y polaco. En el extremo opuesto a su invulnerabilidad, están las escasas fotografías del Holocausto que se han conservado hasta hoy, unas fotografías—como dice Jacek Leociak—¹ «deterioradas, rasgadas, ennegrecidas y arrugadas» que han sufrido una experiencia inconcebible y cuyo mero aspecto da fe del Exterminio. Contempladas hoy desde una perspectiva histórica, se han convertido en una huella, en «una impronta directa del universo parecida a la marca de un pie sobre la arena o a una máscara mortuoria». La voz de aquellas fotos deterioradas—por citar una vez más a Leociak—es una voz «apagada, difusa y atormentada, a veces apenas perceptible e identificable» que nos habla «atropelladamente y de forma fragmentaria», porque esas instantáneas desfiguradas y tullidas ponen de manifiesto la imposibilidad de representar aquella realidad: «Nada es como era entonces, por lo que la defor-

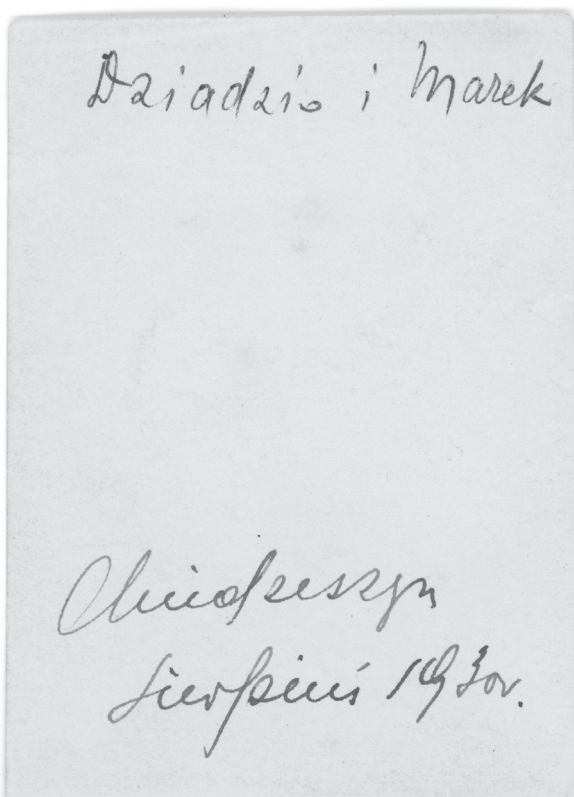
¹ Jacek Leociak (Varsovia, 1957), historiador de la literatura y de los testimonios de las víctimas del Holocausto.

EL REFUGIO DE LA MEMORIA

mación resulta la única forma de representación posible [...] Una deformación que, por su propia naturaleza, demuestra haber rozado aquella realidad».

Las fotografías de Miedzeszyn nos hablan con una voz distinta, con una voz fuerte y alegre. Ni el Holocausto ni el tiempo han afectado su integridad física. En aquellas fotos, el mundo de tu infancia es luminoso, soleado y sereno. Estás rodeado de varias generaciones de una familia numerosa y feliz. Os abrazáis, hacéis payasadas, reís. Derrocháis tanta calidez y tanto amor. ¿Resultaría más fácil mi tarea si no fuera así? En una fotografía, el abuelo Selim te lleva a hombros, mientras en un segundo plano verdean unos arbustos, tal vez zumaques de Virginia (es agosto de 1930, tienes tres años), y en otra (del 3 de enero de 1928), tocado con un gran gorro blanco, posas en la veranda en brazos de Amelia. En verano de 1936, estáis en Śródborów sentados en un banco: Amelia en el centro y vosotros dos, tú y Aluś, a ambos lados, abrazados a ella. Amelia lleva un vestido floreado, tú sostienes un patinete y Aluś acaricia un gato. Debajo del banco, una pala infantil abandonada. Los dos vestís la misma camiseta a rayas y lucís las mismas marcas de las sandalias en los pies descalzos atezados por el sol. No puedo apartar la mirada de esas marcas. Parecen la quintaesencia de la volatilidad y subrayan más aún la fragilidad del instante pasado y perdido para siempre mucho tiempo atrás. Perdido y, al mismo tiempo, retenido para la eternidad en un encuadre lleno de ternura. Porque en esto consiste el milagro de la fotografía.

También os veo sentados a los tres sobre los duros asientos del tren de la línea férrea del Vístula, tú a un lado de tu madre y Aluś al otro, fuertemente abrazados a ella («línea del Vístula», así la llamábamos en casa—recuerda Piotr Paziński—. No «de Otwock», sino «del Vístula», o sencii-



llamente «la línea»). Tomáis el tren en la estación Varsovia Central, «tracción eléctrica, trenes cada 15-20 minutos en verano, precio del pasaje en tercera clase: 0,80 eslotis», o bien en la terminal Varsovia-Gdańsk, cerca del lugar desde donde algunos años más tarde tu padre y tu hermano partirían con destino a la muerte. Pero de eso hablaré más adelante. Por el momento, Aluś, abrazado a su madre, viaja en un luminoso día soleado no a Treblinka, sino a Miedzeszyn, y vuestro padre os espera en el andén. Seguramente, a menudo tomabais también el trenecillo de vía estrecha



en el apeadero Varsovia-Puente de Kierbedź, «en verano, cada media hora, precio del pasaje en tercera clase: 0,80 eslotis». Tal vez os arrellanabais cómodamente en los mullidos almohadones de primera o segunda clase sosteniendo en la mano, no los vulgares billetes de cartón, sino los de color verde o azul, aunque, en mi imaginación y en mis recuerdos salidos quién sabe de dónde y a partir de qué imágenes, viajáis en tercera, abrazados fuertemente a vuestra madre en el banco de madera. En el tren, comíais rosquillas. Y, al apearos, tomabais un coche de punto.